

contribuyentes, y entregados con fidelidad á las arcas públicas por los encargados de su recaudación, el estado de la hacienda hubiera sido por lo menos tolerable. Los impuestos ordinarios podían producir sobre 430 millones de francos; suma á la cual podían reducirse en tiempo de paz los gastos públicos, y aun se prometía reducirlos á mucho menos. No tardó en demostrar la experiencia que no era posible, aun en tiempos de paz, reducirlos á menos de 500 millones; pero también probó que era muy fácil hacer subir los impuestos á esta suma sin aumentar las tarifas. Los gastos de recaudación unidos á los gastos locales que figuran en el presupuesto de aquella época importan de 600 á 620 millones.

El déficit de la recaudación era grande solamente con relación á los gastos de la guerra, lo cual nada tiene de extraordinario, antes bien ha sucedido siempre así en todas partes en circunstancias análogas. Ningun país puede sostener una guerra con los recursos ordinarios de la paz. Si esto fuese posible, sería una prueba de que en tiempos de paz los impuestos habían tenido un aumento innecesario, pero, merced al desorden de lo pasado, nadie sabía si por causa de la guerra se elevaría el presupuesto de gastos á 600, 700 ú 800 millones. Decían unos que subiría á 600 y otro que á 800; haciendo cada cual por su parte cálculos diversos. La experiencia demostró todavía que con 450 millones agregados al presupuesto ordinario, se podría ocurrir á las necesidades de la guerra, contando con ejércitos vencedores, que viviesen sobre el país enemigo. Por consiguiente los presupuestos de ingresos y de

gastos de aquel año se fijaron en 600 millones. Como los ingresos ordinarios subían á 430 no más resultaba un déficit de 170; pero no consistía en esto la verdadera dificultad, pues habría sido querer demasiado el pretender que al salir de un caos en materias de hacienda, se equilibrasen, inmediatamente los ingresos y los gastos. En primer lugar era menester comenzar poniendo orden y arreglo en los impuestos ordinarios. Consiguiendo esta primera ventaja, era cosa segura el obtener pronto recursos con que hacer frente á las más urgentes necesidades, porque el crédito debía animarse al punto, y porque con los valores, cuya creación hemos enumerado en otra parte, había medios suficientes para obtener de los capitalistas los fondos necesarios para cubrir toda clase de servicios. Para alcanzar este fin trabajaba incansablemente Mr. Gaudin, auxiliado contra todas las dificultades que hallaba, por la voluntad enérgica y firme del primer consul. La dirección de contribuciones directas, recién establecida mostraba la mayor actividad. Las matrículas estaban ya muy adelantadas, y aun sometidas á la cobranza. Empezábase á ver llegar al tesoro las obligaciones de los recaudadores generales, que se negociaban por un interés poco usurario. La dificultad mayor que había que vencer en este sistema de obligaciones consistía siempre en que la cantidad de papel circulante era muy difícil de fijar, sobre todo con relación á cada recaudación general. Un recaudador que había de percibir 20 millones, por ejemplo, no podía suscribir obligaciones por esta suma, si por otra parte se le habían de presentar seis ú ocho millones

de valores muertos en vales de sueldos ó rentas vencidas, en vales de requisición etc. El ministro pues se dedicaba á recoger esta clase de papel, á evaluar la cantidad de el que debía presentarse en cada recaudación general, y hacer que firmasen los recaudadores generales, con relación á la cantidad de numerario que suponía debía entrar en su poder.

En esta misma legislatura se creó una nueva especie de contadores, destinados á aumentar la exactitud en la entrega de los fondos del tesoro, y eran estos empleados los recaudadores de distrito. Hasta entonces no había habido persona alguna intermedia entre los recaudadores que recibían las contribuciones únicamente de mano de los contribuyentes, y el recaudador general que residía en la capital, mas que unos comisionados de rentas agentes del recaudador general, dependientes suyos, y que solo á él tenían que dar cuenta. Este era sin embargo uno de los conductos por donde mejor se podía observar y comprobar el ingreso de los productos en las arcas públicas; pero este punto estaba por desgracia abandonado. Creáronse, pues, recaudadores particulares en cada distrito dependientes del estado, obligados á darle cuenta de lo que recibían y entregaban al recaudador general, testigos seguros y desinteresados del movimiento de los fondos, porque no eran ellos los que reportaban el beneficio de la estancación de los fondos públicos en las cajas de los contadores. Producía esta innovación la ventaja de conocerse mejor el estado de los ingresos, y asegurarse con nuevas fianzas en metálico, lo cual, aunque indiferente hoy, no lo era

entonces; y por último ofrecía la ventaja de poder hacerse otro uso mas de la división por distritos, recientemente proyectada. Ya la administración de justicia civil y correccional, y una parte considerable de la administración comunal, se habían establecido en las cabezas de distritos. Fijando además en ellas una parte de la administración económica, se daba una utilidad mas á esta división, que algunos pretendían no ser otra cosa sino una subdivisión arbitraria del territorio; pero ya que bajo ciertos aspectos se había considerado como indispensable, lo mejor que podía hacerse, era multiplicar su uso, y demostrar que era verdadera y provechosa, en vez de ser inútil y artificial como se suponía. Los prefectos y subprefectos tenían obligación de acercarse á los recaudadores y de vigilar, revisando los libros, la exactitud de las cantidades que se databan. Por fortuna no existe hoy este método; pero en aquella época, en que reinaba tanto desorden, era un gran estímulo para los empleados de hacienda la obligación de someter sus cuentas al examen de los prefectos y subprefectos.

No podía, pues, marchar con pasos mas agigantados la reorganización de la hacienda; pero las asambleas no aprecian comunmente sino los resultados que se obtienen. No se veía todo lo que de verdaderamente útil se hacía en lo interior de la administración. Discutíose hasta la saciedad en el Tribunado la gran cuestión del equilibrio de los gastos con los ingresos; lamentáronse del déficit, se presentaron mil sistemas para hacerle desaparecer, y no faltaron personas poco sensatas que quisieron negar su voto á las leyes de hacien-

da, hasta que el gobierno presentase un medio de nivelar los presupuestos; pero todas estas proposiciones no produjeron ningun resultado. Las leyes propuestas se aprobaron por gran mayoría en el Tribunado, y casi por unanimidad en el Cuerpo legislativo.

Una institucion, digna de ocupar una página en la historia, vino á aumentar el número de las que ya hemos referido, y fué el Banco de Francia. Los antiguos establecimientos de descuentos habian sucumbido en medio de los desórdenes de la revolucion, y sin embargo no era posible que París careciera de un banco. En todo centro comercial en que reine cierta actividad, se necesita una moneda cómoda para los pagos, es decir, en papel moneda, y un establecimiento que haga descuentos en grande sobre los efectos de comercio. Estas dos clases de servicio se prestan mútuo socorro, porque los fondos depositados en cambio de los billetes circulantes, son los mismos que se pueden prestar al comercio por medio de los descuentos. En todas partes donde haya algun movimiento en los negocios, por poco considerable que sea, un banco debe sostenerse y medrar, si hace los descuentos sobre buena clase de papel, y si únicamente emite los billetes necesarios; en una palabra, si las operaciones están en armonia con las verdaderas necesidades de la plaza, en que reside. Esto era lo que debia hacerse en París, y lo que no podia menos de tener buen éxito si se hacia con acierto. Este nuevo banco no solamente debia negociar con los particulares sino tambien con el tesoro público, y por consiguiente podia reportar tantos beneficios cuantos fuesen los

servicios que prestara. Escitó el gobierno á los principales banqueros de la capital, á cuyo frente se puso Mr. de Perregaux, cuyo nombre está ligado con todos los grandes servicios hechos entonces al estado, y se formó una asociacion de grandes capitalistas para la creacion del banco, llamado banco de Francia, que es el mismo que en la actualidad existe. Constituyóse con un capital de treinta millones de francos, y hubo de ser gobernado por quince regentes, y una junta directiva, á la cual despues reemplazó un director. Segun los estatutos, debia descontar los efectos de comercio, respondiendole en los negocios legítimos y no colusorios, emitir billetes de circulacion como moneda, y no entrar en ninguna especulacion estraña al descuento y al comercio del metálico. Fiel este banco á sus estatutos, ha llegado á ser el mejor establecimiento de su clase que se ha conocido en el mundo. Dentro de poco espodremos las providencias que dictó el gobierno para dar á las operaciones del banco el movimiento rápido que le hizo prosperar desde los primeros dias de su existencia.

Mientras el gobierno consular, de acuerdo con el Cuerpo legislativo, se dedicaba á estos vastos trabajos de administracion interior, las negociaciones con las potencias amigas ó beligerantes, habian continuado sin interrupcion. A la carta del primer cónsul al rey de Inglaterra habia seguido una respuesta inmediata. Aquella carta habia sido escrita el 26 de diciembre (5 de nivoso): la contestacion tenia la fecha del 4 de enero (14 de nivoso), lo cual significaba que el gabinete inglés habia de antemano tomado su partido, y

que nada tenia que deliberar en este asunto. La Inglaterra en efecto habia podido en 1797, pensar en negociaciones, y enviar á Lila á lord Malmesbury, cuando tenia el erario en el mayor apuro, y cuando se veia el Austria obligada á firmar en Campo-Formio la paz del continente; pero entonces que la creacion del *income-tax* remediaba la penuria del tesoro inglés, entonces que el Austria, otra vez en guerra con nosotros, habia llevado sus armas hasta nuestras fronteras, entonces que se trataba ya de arrebatarlos las posiciones importantes de Malta y de Egipto, y de vengar la afrenta de Texel, la paz no debia ser apetecida por aquella potencia. Otra razon mas poderosa habia para que la rehusase y era, que la guerra convenia á las pasiones y á los intereses de Mr. Pitt. Este célebre gefe del gabinete británico habia hecho de la guerra con Francia su mision, su gloria y el fundamento de su existencia politica, en términos que si la paz se hubiese hecho necesaria, acaso Mr. Pitt hubiera tenido que abandonar su puesto. La tenacidad de su carácter, en aquella lucha unida á sus talentos oratorios habian hecho de este ministro un hombre de estado poco ilustrado, pero poderoso. Así es que la respuesta no podia ser dudosa; fué negativa y poco atenta. Negóse al primer cónsul el honor de remitírsela directamente; y fundándose en la costumbre, por otra parte escelente, de comunicarse de ministro á ministro, se le contestó por medio de una nota de lord Grenville á Mr. de Talleyrand.

Esta nota descubria torpemente el disgusto que habia causado á Mr. Pitt el reto, no de guerra, sino de paz dirigido por el primer cónsul á la

Inglaterra. Su contenido era una recapitulacion, constantemente reproducida, hacia algunos años, de los principios de la guerra; imputábase la primera agresion á la República francesa; acusábase en términos violentos de los estragos causados en Alemania, Holanda, Suiza é Italia, y hasta se hablaba en ella de las rapiñas ejercidas por sus generales en este último pais, agregándose todavía á esta acusacion la de que por todas partes pretendia destruir los tronos y los altares. Llegando luego á los últimos pasos del primer cónsul, decia el ministro inglés, que aquellas fingidas demostraciones pacificas no eran las primeras de la misma especie; que los diversos gobiernos revolucionarios que habian sido sucesivamente entronizados y destruidos en el espacio de diez años, habian hecho mas de una vez demostraciones semejantes; que S. M. el rey de la Gran Bretaña no podia ver aun en lo que pasaba en Francia, un cambio de principios, capaz de satisfacer y de tranquilizar á Europa; que el solo cambio que podria darle completa confianza, seria la restauracion de la casa de Borbon, porque únicamente entonces podria el órden social asegurarse; y que por último la restauracion de esta casa no era la condicion absoluta de la paz con la República francesa, pero que hasta que se presentasen otros sintomas mas significativos y satisfactorios, la Inglaterra continuaria combatiendo, tanto por su propia seguridad, como por la de sus aliados.

Esta imprudente nota, que desaprobaban los hombres sensatos de todos los paises, hacia muy poco honor á Mr. Pitt, descubriendo en él mas pasion que talento, y demostraba además que todo

gobierno nuevo para hacerse respetar, necesita conseguir muchas victorias, pues aunque el nuestro habia conseguido muchas, era evidente que necesitaba alcanzar otras mayores.

No se desconcertó por eso el primer cónsul, y queriendo aprovechar la buena posicion que la moderacion de su conducta le daba á los ojos del mundo, dió una contestacion mesurada y firme, no en forma de carta al rey, sino en forma de oficio dirigido á lord Grenville, ministro de negocios extranjeros. Recapitulando en pocas palabras los primeros sucesos de la guerra, probaba con el lenguaje mas circunspecto, que la Francia solo habia tomado las armas para resistir á una conspiracion europea, urdida contra su seguridad; y al mismo tiempo que confesaba las desgracias que por todas partes habia llevado consigo la revolucion, indicaba como de paso, que los mismos que habian perseguido á la República francesa con tanto encarnizamiento, eran los que con mas razon podian atribuirse la verdadera causa de aquellas lamentables violencias.—¿Pero, añadia, de qué sirven estos recuerdos? Hé aquí un nuevo gobierno, dispuesto á hacer que la guerra termine; ¿no ha de acabar nunca la guerra porque este y no el otro haya sido el agresor? Y si no se quiere eternizarla, no es preciso ya dar fin á estas recriminaciones continuas? Y si es sabido que no puede esperarse de la Francia la restauracion de los Borbones, ¿cómo se atreve nadie á hacer insinuaciones semejantes á las que acaban de dirigirsele? Qué se diria si la Francia provocara en sus comunicaciones á la Inglaterra á que restableciese en el trono á la familia de los Estuardos,

que no descendió de él hasta el último siglo? Pero dejemos á un lado estas irritantes cuestiones, seguia diciendo la nota del primer cónsul; si lamentais como lamentamos nosotros, los males de la guerra, concertemos una suspension de hostilidades, y señalemos una ciudad, por ejemplo, Dunkerque ú otra cualquiera, la que querais, con el objeto de que se reunan en ella los que hayan de seguir las negociaciones; el gobierno francés pone á disposicion de la Gran Bretaña los pasaportes para los ministros á quienes la nacion revista de sus poderes.

Esta actitud tranquila produjo el efecto que produce naturalmente un hombre de sangre fria en un hombre colérico, pues provocó de lord Grenville una réplica mas viva, mas amarga y mas imprudente que la primera nota. En esta réplica procuraba el ministro inglés paliar la falta que habia cometido al hablar de la casa de Borbon, respondiendo que no se hacia la guerra en favor de ella, sino por la seguridad de todos los gobiernos; y declaraba de nuevo que las hostilidades continuarian sin descanso. La fecha de esta comunicacion era de 20 de enero (30 de nivoso). Ya no quedaba nada que decir. El general Bonaparte habia hecho lo bastante; seguro de su gloria no habia temido ofrecer la paz; la habia ofrecido sin mucha esperanza de conseguirla, pero de buena fé, consiguiendo con semejante paso la doble ventaja de patentizar así á los ojos de la Francia como á los de la oposicion inglesa, las nada razonables pasiones de Mr. Pitt. ¡Ojalá que en todas ocasiones hubiese unido á su poder esta moderacion de conducta, tan hábilmente calculada!

La respuesta del Austria fué mas razonable y prudente, aunque sin dar tampoco mas esperanza de paz. Aquella potencia, juzgando que por muy pacíficas que fuesen las intenciones del primer consul, no podian llegar hasta el punto de cederle la Italia, estaba resuelta á continuar la guerra; pero conociendo al vencedor de Rivoli y de Castiglione, y sabiendo que no podía contar demasiado con la victoria, cuando le tenia por adversario, no queria cerrar la puerta á ulteriores negociaciones.

Como si el Austria sehubiese puesto de acuerdo con la Inglaterra en cuanto á la forma, la respuesta del emperador al primer cónsul no fué mas que un despacho de Mr. Thugut á Mr. de Talleyrand. La fecha de este despacho era del 15 de enero de 1800 (25 de nivoso). La esencia de su contenido era la misma que la de las notas inglesas, no se hacia la guerra, decíase en él, sino para librar á la Europa de un trastorno general, y nada era mas satisfactorio que ver á la Francia dispuesta á la paz; ¿pero qué seguridad ofrecia la Francia de sus nuevas disposiciones? concedíase sin embargo que era de esperar bajo el mando del primer consul mayor moderacion dentro y fuera del pais, mas estabilidad en las miras, y mayor fidelidad en el cumplimiento de los compromisos contraidos, de la cual podian resultar mas probabilidades para una paz sólida y duradera. Esperábase de sus grandes talentos, este cambio feliz, pero sin decirlo se daba á entender que hasta entonces no se pensaria en negociacion alguna.

Observando el primer consul la misma con-

ducta con el Austria, que con la Inglaterra, no se contentó con esta esplicacion evasiva, y sin desanimarse por lo vago de la respuesta, quiso poner al gabinete de Viena en la necesidad de esplicarse terminantemente, y de aceptar ó rehusar la paz de una manera categórica. En 28 de febrero (9 de ventoso) se encargó Mr. de Talleyrand de escribir á Mr. de Thugut para ofrecerle por base de las negociaciones el tratado de Campo-Formio. Este tratado, decia Mr. de Talleyrand; fué un acto de gran moderacion de parte del general Bonaparte hácia el emperador de Austria, porque dueño en 1797 de exigir de aquel monarca los mayores sacrificios á causa de la amenazadora posicion del ejército francés, que se hallaba á las puertas de Viena, habia preferido, animado de la esperanza de conseguir una paz verdadera, ventajas moderadas á otras muy superiores, hasta el extremo, añadía el ministro francés, de haber arrostrado la reprobacion del Directorio por sus consideraciones con la córte imperial. Finalmente Mr. de Talleyrand declaraba que la casa de Austria recibiría en Italia las indemnizaciones que por el tratado de Campo-Formio se le habian prometido en Alemania.

Para comprender la estension de las proposiciones del primer consul, es menester recordar que el tratado de Campo-Formio concedía á la Francia, la Bélgica y el Luxemburgo; á la República Cisalpina, la Lombardia, el Mantuano las Legaciones, etc. y que el Austria recibia por indemnizacion á Venecia y la mayor parte de los Estados venecianos. En cuanto á la línea del Rhin, que comprende además de la Bélgica y el

Luxemburgo los países que están entre el Mosa, la Moselle y el Rhin; en una palabra, lo que llamamos hoy las Provincias rhenanas, debía interponer el Austria su influjo para que fuesen concedidas á la Francia por el imperio germánico. Por de pronto el Austria cedía el condado de Falkenstein, situado entre la Lorena y la Alsacia y se obligaba á abrir á las tropas francesas las puertas de Maguncia, que ocupaba por cuenta del imperio. El Austria en compensacion debía recibir el obispado de Salzburgo por el lado de la Baviera, cuando las Provincias eclesiásticas estuviesen secularizadas. Estos diversos ajustes habian de negociarse en el congreso de Rastadt, tan trágicamente terminado en 1799 por el asesinato de los plenipotenciarios franceses. Tal era el tratado de Campo-Formio.

Al presentar este tratado, como base de nuevas negociaciones, no decidía el primer cónsul la cuestion de la linea del Rhin, en lo que tenia relacion con las Provincias rhenanas; únicamente resolvía la cuestion de la Bélgica, irrevocablemente cedida á Francia, y sujetaba la cuestion de aquellas provincias á una negociacion ulterior con el imperio, y al ofrecer en la Italia las indemnizaciones en otro tiempo estipuladas en Alemania, insinuaba que los triunfos obtenidos por el Austria en Italia serian tomados en consideracion, para proporcionarle mejor situacion en aquel país. Añadía tambien que para las potencias europeas de segundo orden se estipularia *un sistema de garantias, á propósito para restablecer en toda su fuerza el derecho de gentes, en el cual principalmente descansaban la seguridad y la ventura de las naciones.* Aludía de esta ma-

nera á la invasion de Suiza, del Piamonte, de la Toscana, de los Estados pontificios y de Nápoles que tantose habia censurado al Directorio, y que se habia tomado por pretexto de la segunda coalicion, y hacia ademas la oferta bastante esplicita de restablecer estos diferentes estados, y de tranquilizar así á la Europa sobre las supuestas invasiones de la República francesa.

No se podia conceder mas y bien era menester toda la necesidad de paz que tenia entonces la Francia para que el primer cónsul se determinase á semejantes ofrecimientos, y como nada hacia á medias dirigió al Austria, lo mismo que á la Inglaterra, la proposicion formal de una suspension de hostilidades no solo en el Rhin, donde existia ya esta suspension, sino tambien en los Alpes y el Apenino donde aun no existia.

El 24 de marzo (13 de germinal) respondió Mr. de Thugut, en términos por otra parte muy moderados, que el tratado de Campo-Formio, violado apenas fué concluido, no encerraba un sistema de pacificacion, capaz de tranquilizar á las potencias beligerantes; que el verdadero principio, adoptado en todas las negociaciones, era el tomar por base el estado en que hubiese colocado á cada potencia la suerte de las armas; y que esta era la única base que podia aceptar el Austria. Añadía Mr. de Thugut, que antes de ir mas adelante tenia que pedir una esplicacion relativa á la forma de las negociaciones; porque le importaba saber, si querria la Francia admitir á los representantes de todas las potencias que estaban en guerra para alcanzar una paz general, única que podia ser legí-

tima y prudente, y única á que el Austria podia acceder.

Dos cosas probaba este language: primera, que el Austria queriendo como punto de partida el estado actual, es decir, la situacion en que habia dejado la última campaña á cada potencia, alimentaba grandes pretensiones en Italia; segunda, que no se separaria de la Inglaterra, con la cual la ligaban estrechamente los tratados de subsidios. Esta fidelidad á la Inglaterra era de parte de Austria un deber nacido de su situacion que, como veremos despues, influyó en la suerte de las negociaciones y de la guerra.

Semejante respuesta, aunque mesurada en los términos, dejaba poca esperanza de entenderse, pues hacia depender la conducta de una potencia, dispuesta á dar oídos á algunas palabras de paz, de la conducta de otra potencia resuelta á no escuchar ninguna. Sin embargo, todavia el general Bonaparte contestó, que al ofrecer en Italia las indemnizaciones ofrecidas en otro tiempo en Alemania, lo que proponia no era partir del *status ante bellum*, sino del *status post bellum*, es decir hacerse cargo de los triunfos del Austria en Italia; que las proposiciones hechas por él á la Inglaterra probaban su deseo de hacer la paz general; que por lo demas esperaba poco de una negociacion comun á todas las potencias beligerantes, porque la Inglaterra no queria avenencia ninguna; pero que admitiria pura y simplemente las proposiciones del Austria; que aguardaba en su consecuencia la designacion del lugar en que habia de tratarse, y que, pues se queria seguir combatiendo, era menester señalarle fuera del teatro de la guerra.

El Austria declaró que, siendo tales las intenciones del gabinete francés, se dirigiria á sus aliados, pero que mientras no consultase con ellos le era imposible hacer terminantemente aquella designacion. Esto era lo mismo que aplazar la cuestion para un tiempo desconocido.

Al dirigir el primer consul, estas proposiciones á la Inglaterra y al Austria, no se habia formado ilusion alguna sobre su resultado; pero le habia parecido conveniente hacer una demostracion pacifica, primeramente porque deseaba efectivamente la paz, considerándola como necesaria para la organizacion del nuevo gobierno, y en segundo lugar, porque de esta manera pensaba colocarse en mejor situacion á los ojos de Francia y de Europa.

Sus cálculos fueron completamente justificados por lo que pasó en el parlamento inglés. Mr. Pitt tuvo que sufrir ataques virulentos y fundados por el modo brusco con que habia contestado á las demostraciones de la Francia. Nunca la oposicion de los señores Fox y Sheridan habia tenido un origen mas noble; jamás habia sido tan brillante, ni habia merecido con mas justicia la estimacion de los hombres honrados de todos los paises.

No habia en efecto ya justa causa para continuar la guerra, pues Inglaterra se hallaba en posicion de conseguir, cuanto podia razonablemente desear. Verdad es que no habia logrado que evacuásemos á Egipto; pero resignada algunos meses despues á dejarnos su posesion (como lo demostrarán ulteriores negociaciones), bien podia consentir en ella desde luego, y á este precio habria conservado sus conquistas, sin escepcion de las Indias, ahorrándose al mismo tiempo, los inmensos



peligros á que mas tarde la espuso su tenacidad. Y sin embargo, en la esencia, solo un capricho ministerial impelia al gabinete británico á sostener la guerra con aquel encarnizamiento. Las interpelaciones de la oposicion fueron muy acaloradas, y estuvieron continuamente sucediéndose, hasta el punto de exigir y obtener la presentacion de los documentos relativos á aquellas negociaciones, con cuyo motivo se empeñaron las mas borrascosas discusiones. Sostenian los ministros que no se podia tratar con el gobierno francés, porque sus palabras no inspiraban seguridad; que por su falta de fé habia provocado sucesivamente la guerra con todo el mundo, esceptuando la Dinamarca y Suecia, cuyas relaciones con la Francia se habian tambien por otra parte alterado; que la paz con semejante gobierno era siempre engañosa y funesta, como lo atestiguaban los estados de Italia; que despues de habersido el gobierno francés el agresor para con los principes de las naciones de Europa, queria destronarlos á todos, porque le devoraba la ambicion incesante de destruir y conquistar: que el general Bonaparte no ofrecia mas garantías que sus antecesores; que si el nuevo gobierno francés no era ya terrorista, continuaba siendo revolucionario, y que no habia que esperar paz ni treguas con la revolucion francesa; y que sino era posible anonadarla, debia ser domada, por lo menos hasta que estuviese tan debilitada, que cesara de inspirar temores. Los ministros ingleses y especialmente lord Grenville, emplearon el lenguaje mas ultrajante contra el primer consul: no de otro modo habian tratado á Robespierre.

Los señores Fox, Sheridan, Tierney, el duque de Bedford y lord Holland, contestaron con las razones mas poderosas á todos estos argumentos. Preguntais quien ha sido el agresor, decian, ¿y qué importa eso? Decís que fué la Francia, y la Francia dice que fue la Inglaterra. ¿Habremos de destruirnos mutuamente hasta que se resuelva esta cuestion histórica? ¿y qué importa el agresor si aquel á quien acusais de haberlo sido es el primero que ofrece soltar las armas? decís tambien que no se puede tratar con el gobierno francés, y sin embargo vosotros mismos enviasteis á lord Malmesbury á Lille para tratar con el Directorio! Prusia y España han tratado con el gobierno francés, y no han tenido por que quejarse. Hablais de los crímenes de este gobierno; y vuestra aliada la córte de Napoles, los comete mas atroces todavia que la Convencion misma, por que ni siquiera tiene la disculpa de los movimientos populares. Hablais de ambicion, y la Rusia, la Prusia y el Austria se han repartido la Polonia; el Austria acaba de reconquistar á Italia, sin devolver sus estados á los principes á quienes habia depuesto la Francia: y vosotros mismos os apoderais de la India, de una parte de las colonias españolas, y de todas las colonias holandesas. ¿Quién osará llamarse mas desinteresado que los demás en esta lucha de cólera y de codicia empeñadas entre todos los estados? Además ó no habeis de tratar nunca con la Republica francesa ó jamás hallareis ocasion mas favorable que esta, por que un hombre fuerte y respetado acaba de apoderarse del mando, y parece dispuesto á egercerle con moderacion y con justicia. ¿Es digno del gobierno inglés llenar de

ultrajes á un personaje ilustre, cabeza de una de las primeras naciones del mundo, y que por lo menos es un gran capitán, cualesquiera que sean los vicios ó las virtudes que pudieren descollar en él mas tarde? A no ser que se diga que lo que se quiere es agotar la sangre, los tesoros y los mas preciosos recursos de la gran Bretaña para el restablecimiento de la casa de Borbon, es imposible dar una buena razon para negarse á tratar con la Francia.

Nada podia replicarse á argumentos tan apremiantes y verdaderos. Mr. Tierney, aprovechando la falta que habia cometido el ministro inglés, al hablar en sus notas diplomáticas del restablecimiento en el trono de la casa de Borbon, hizo una proposicion especial contra la misma casa; proponiendo emitir un voto formal, el de separar la causa de la Inglaterra de la de los Borbones, que tan funestos habian sido en ambos países tanto á la gran Bretaña, como á la Francia.—Yo he oido, continuó, yo he oido decir á muchos partidarios del ministerio de Mr. Pitt, que no habiendo ofrecido el gobierno francés una negociacion general y colectiva, habia fundamento suficiente para negarse á una negociacion aislada, que nos debilitase separándonos de nuestros aliados: pero no conozco á nadie que no censure y repruebe ese modo de fijar el término de la guerra en la restauracion de la casa de los Borbones.—Mr. Tierney decia la verdad; todo el mundo habia censurado esta falta, y el gabinete de Viena, menos apasionado que el gabinete británico, se habia guardado bien de imitarle. Los ministros ingleses decian que no habian presentado tal condicion

como absoluta é indispensable, pero replicábaseles y con razon, que bastaba indicarla para violar el derecho de gentes y atentar á la libertad de las naciones. ¿Y qué diriais, exclamaba Mr. de Tierney, (repetiendo aquí el argumento del gabinete francés), qué diriais si el general Bonaparte, victorioso, os declarase que no queria tratar sino con los Estuardos? Además, añadia, ¿es por agradecimiento á la casa de Borbon, por lo que prodigais nuestra sangre y nuestros tesoros? ¡Acordaos de la guerra de América! ¿O no, es mas bien por el principio que la casa de los Borbones representa? ¿Vais á desencadenar contra vosotros todas las pasiones que sublevaron á la Francia contra los Borbones? ¿Vais á llamar contra vosotros á todos los que no quieren á los nobles, á todos los que no quieren ya diezmos ni derechos feudales, á todos los que han comprado bienes nacionales, á todos los que en el espacio de diez años han empuñado las armas por la revolucion francesa? ¿Queréis derramar hasta la última gota de sangre de tantos franceses, antes de pensar en negociacion alguna? Yo pido formalmente, concluia Mr. Tierney, que la Inglaterra separe su causa de la causa de los Borbones.

En otra mocion el célebre Sheridan, que era siempre el mas osado y el mas punzante orador del parlamento, llevó el debate al terreno mas sensible para el gabinete inglés, á la expedicion de Holanda; por consecuencia de la cual los ingleses, y los rusos, vencidos por el general Brunne, se vieron obligados á capitular.

Parece, decia Mr. Sheridan, que si nuestro gobierno no puede negociar tratados de paz con